ARTE

Irena Majchrzak

Carta a Julia Giménez Cacho

Julia:

Hoy es viernes, nos vimos el lunes y desde aquel día sigo pensando en tu pintura y en tu exposición. Me acompañan las dos siluetas que me regalaste, las dos sentadas, una en óleo, otra dibujada; una —la más joven— trae en su mano un ramo de flores, en su cabeza lleva un *chapeau* también florido y a su espalda se ve igualmente un gran arreglo de flores. No obstante estar tan floridamente acompañada, la mujer nos mira con un enojo bien gracioso. Se ve que es una mujer descontenta que espera que la suerte va a ir a buscarla, y mientras éso no sucede, se enoja. Nos es simpática la mujer, nos recuerda muchos momentos de nuestra propia vida, le tenemos compasión un poco sentimental, un poco irónica. La otra, con un vestido blanco y un sombrerito negro puesto con la fantasía que viene de la vejez. Esta mujer ya viejecita está sentada con las manos vacías, sin ninguna flor. Sus brazos cruzados descansan sobre las rodillas; ya no trabajan y no prometen nada. Hay un abandono elegante en su silueta, un silencio filosófico. De su cara y su mirada se desprende esa bondad generosa que tienen las Locas de Chaillot.

Las tengo aquí, enfrente de mi mesa de trabajo, las miro mientras te escribo y busco en ellas la respuesta a la pregunta que me hice en tu exposición. ¿Son dos mujeres distintas o es una, la misma, sólo que en dos etapas de su vida y en dos diferentes actitudes hacia la vida y hacia el mundo? Me acuerdo que un día te dije en tu casa: "Has creado todo un mundo de mujeres, has creado una población entera". Ahora pienso que me he equivocado: es siempre la misma mujer. La estás creando y recreando y volviendo a crear en un acto de repetición compulsiva.

No me engaña el hecho de que en varias telas aparecen grupos de mujeres supuestamente distintas. Aunque algún día pintarás toda un manifestación de mujeres, supongo que será la misma mujer multiplicada. Aun cuando sean varias, siempre nos aparecen solas o solitarias. No actúan, no tienen vida por sí solas... Aparecen como objetos del análisis agudo de su autora que las contempla con esta mezcla de setimientos que tenemos cada quien consigo mismo: crueldad y amor, tristeza y sentido de humor, ironía, enojo y perdón.

Quisiera no dejarme llevar por una psicología fácil o, como se dice en mi país, una psicología de cocina que todos sabemos hacer y que nos encanta hacer, pero naturalmente lo que se me antoja pensar es que la protagonista de tu arte eres tú misma en la infinidad de los recuerdos o fantasías que uno siempre tiene en la mente, en el conciente o en el subconciente.

Todos, durante toda la vida, estamos creando y recreando nuestra autoimagen compuesta de los recuerdos, fantasías, deseos y resentimientos. En general este continuo quehacer humano queda en las sombras de la intimidad personal. Tú lo pusiste en evidencia.

Trato de contestarme la pregunta ¿Cómo te ves? ¿cuál sería tu autorretrato? Te ves esperando. Hay una curiosa contradicción en las siluetas. El cuerpo está inmóvil, retraído o contraído, rígido —los rusos dicen *ruki po szawam*—, los ojos sumamente inquietos esperan, llaman, gritan. Pero los cuerpos están inmóviles. Se dejan sentar donde tú quieres, se dejan poner flores por aquí o por allá, se dejan adornar, vestir o desnudar y nada cambia en ellos.

Están siempre distantes, inflexibles, rígidos, dejando a su perseguidora el permanente reto de captarse otra y otra vez.

Veo tu pintura como el esfuerzo continuo por captar el propio yo, la propia apariencia y, más aún, el misterio profundo del íntimo subconsciente; para poder explicarse el misterio de su propia vida. ¿No es así? ¿Será que te estoy sugiriendo las verdades mías y no las tuyas? Puede ser; pero es un hecho que estas ideas me vinieron en mente al contemplar tus cuadros.

Irena

Dibujo de Julia Gimenez Cacho